

razon; al fin, no pudo hacer menos, sino ejecutarlo al pié de la letra. No parece que se podia imaginar otra mayor mortificacion para él; y luego se le siguió la de ahorcarle en la horca que él tenia á punto para Mardoqueo. Este es el pago que el mundo suele dar á los suyos. Y mirad de dónde le nació la pepita á la gallina, como dicen, de que no le quitaba el otro la gorra, ni se levantaba cuando él pasaba. Una cosilla de estas basta para traer inquietos y desasegados á los soberbios y para que anden siempre lastimados y amargos. Y asi lo vemos el dia de hoy en los del mundo, y tanto mas cuanto en mas alto lugar están. Todos estos puntos son para ellos puntas que punzan y atraviesan el corazon, que no hay lanzada que tanto sientan. Y nunca les falta á los soberbios del mundo algo de esto, por mucho que priven y tengan; y asi traen siempre el corazon mas amargo que una hiel, y andan siempre con una perpétua inquietud y desasosiego. Y lo mismo será acá en la Religion, si uno es soberbio, porque tambien reparará en que no hacen tanto caso de él como de los otros, y en que echaron mano de aquel para tal y tal negocio, y á él dejaron olvidado; y estas cosas y otras semejantes causarán tanta inquietud en él, como en los del mundo sus puntos y pretensiones.

De aquí se entenderá otra cosa que experimentamos muy comunmente, que aunque es verdad que hay enfermedad de melancolía, pero muchas veces el estar uno melancólico y triste, no es humor de melancolía, ni enfermedad corporal, sino humor de soberbia y enfermedad espiritual (1). Estais triste y melancólico, porque estais olvidado y arrinconado y no hacen caso de vos. Estais triste y melancólico, porque

(1) Véase despues el trat. 6, cap. 4.

de donde pensábades salir con honra, no salistes con ella; antes os parece que quedais corrido y afrentado. No os sucedió la cosa como quisiérades, ni os salió el sermón, ni el argumento, ni las conclusiones, como pensábades; antes os parece que perdistes de vuestro crédito y opinion, y por esto quedais triste y melancólico. Y cuando habeis de hacer alguna cosa de estas públicas, el temor de cómo os ha de suceder, y si habeis de ganar honra ó perderla, os trae triste y congojado. Estas son las cosas que traen triste y melancólico al soberbio. Pero el humilde de corazon, que no desea honra y estimacion y se contenta con el lugar bajo, está libre de todas estas congojas y desasosiegos y goza de mucha paz, conforme á las palabras de Cristo, de quien lo tomó aquel Santo (1) que dice: «Si hay paz en la tierra, el humilde de corazon la posee.» Y asi, aunque no hubiera de por medio otro espíritu, ni perfeccion, sino solo nuestro interes, y tener paz y quietud en nuestro corazon, por solo eso habíamos de procurar ser humildes; porque eso es vivir, y es otro es morir viviendo.

San Agustin cuenta (2) á este propósito una cosa de sí, con que dice le dió el Señor á entender la ceguedad y miseria en que entonces andaba. Como yo anduiese, dice, muy ocupado en una oracion que habia de recitar al emperador, diciendo sus loores, de los cuales los mas habian de ser falsos, y yo loado por ello de los que sabian ser tales (para que se vea la vanidad y locura del mundo); pues como yo anduiese con gran cuidado de esto, muy pensativo é imaginativo en cómo me habia de suceder, ardiendo con calentura de consumidores pensamientos, acaeció que, pasando por una calle de Milan, vi á un pobre mendigo, que

(1) Thomas de Kempis.

(2) August. lib. Confessionum, cap. 6.

De otro género de medios mas eficaz para alcanzar la virtud de la humildad, que es el ejercicio de ella.

Ya habemos dicho del primer género de medios que se suelen dar para alcanzar la virtud, que es razones y consideraciones asi divinas como humanas. Pero es tanta la inclinacion que tenemos á este vicio de la soberbia, por habérsenos quedado tan arraigado en el corazon aquel deseo de divinidad (1) de nuestros primeros padres, que no bastan cuantas consideraciones hay para que acabemos de perder estos brios y humos de ser tenidos y estimados. Parece que nos acontece en esto como á los que tienen miedo, que por muchas razones que les digais para persuadirles que no hay de qué temer, dicen: «bien veo que todo eso es verdad, y yo querria; pero con todo eso, no puedo acabar conmigo de perder el miedo.» Asi dicen algunos: «bien veo yo que todas esas razones que habeis dicho de la opinion y estima de los hombres, son verdaderas y convencen que todo es un poco de viento y vanidad; pero con todo eso no puedo acabar conmigo de no hacer caso de ello. Yo querria; pero pareceme, que sin querer, no sé cómo me llevan esas cosas tras sí y me inquietan. Pues asi como no bastan razones y consideraciones para quitar el miedo al medroso, sino que juntamente con eso le solemos dar remedio de obras, diciéndole que llegue y toque aquellas que le parecen fantasmas y espantajos, y que se vaya de noche á los lugares oscuros y solos, para que experimente y vea que no hay nada, sino que todo era imaginacion y aprension suya, y de esa manera vaya perdiendo el miedo; asi tambien para acabarlo de perder á la opinion y estimacion del mundo, y no hacer caso de eso,

despues de haber comido y bebido, jugaba y tomaba placer, y estaba muy alegre y regocijado: lo cual, como yo viese, suspiré, y dije á mis amigos, que alli estaban, muchas lástimas de nuestras locuras, pues que en todos nuestros trabajos, como en los que entonces estábamos ocupados, trayendo á cuestras la carga de nuestra infelicidad, heridos con los agujones de mil codicias, y añadiendo carga á carga, no buscábamos ni procurábamos otra cosa, sino alcanzar una segura alegria, en lo cual nos iba ya adelante aquel pobre á nosotros que por ventura nunca allá llegaríamos; porque lo que él ya habia alcanzado con su poca limosna, eso andaba yo buscando con tantos trabajos y desventuras; quiero decir, la alegria de la felicidad temporal. Es verdad, dice San Agustin, que aquel pobre no tenia la verdadera alegria; mas yo con mis ambiciones, mas falsa la buscaba que aquella; y al fin él se alegraba, y yo andaba triste; él estaba seguro, y yo con miedos y sobresaltos. Y si alguno me preguntara, ¿cuál querria mas, estar alegre ó triste? yo le respondiera que mas quisiera alegrarme; y si me tornara á preguntar, si querria yo mas ser como aquel, ó como yo era, entonces escogiera ser mas el que era, asi lleno de trabajos y malas venturas. ¿Y no tuviera razon, dice? sino, pregunto ¿qué causa habia para ello? no me debiera yo anteponer á aquel pobre, por ser mas sábio que él; porque serlo, no me daba contentamiento, mas con el saber solamente descaba contentar á los hombres, no para enseñarlos, mas solo por agradarlos. Sin duda, dice, era aquel mas bienaventurado que yo, no solamente porque él estaba alegre, y yo con cuidados que me arrancaban las entrañas; mas tambien porque con buenos medios habia alcanzado el vino, y yo mintiendo buscaba gloria vana.

(1) Eritis sicut Dil. Gen. iii, 5.

dicen los Santos que no bastan razones ni consideraciones, sino que es menester medio de obras y ejercicio de humildad, y que ese es el mas principal y eficaz medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta virtud.

San Basilio dice (1) que asi como las ciencias y artes se adquieren con el ejercicio, asi tambien las virtudes morales. Para ser uno buen músico, ó buen oficial mecánico, ó buen retórico, ó filósofo, es menester ejercitarse en eso, y de esa manera saldrá con ello; asi tambien, para alcanzar el hábito de la humildad y de las demas virtudes morales, es menester ejercitarnos en sus actos, y de esa manera lo alcanzaremos. Y si alguno dijere que para componer y moderar las pasiones y afectos de su ánima y alcanzar las virtudes, bastan razones y consideraciones, y los avisos y documentos de la Escritura y de los Santos, engañase, dice San Basilio. «Ese será, dice, como el que quisiese aprender á edificar ó á acuñar moneda, y nunca se ejercitase en ello, sino que todo se le fuese en oír los documentos ó avisos del arte, ese cosa cierta es que nunca saldrá oficial (2);» pues asi tampoco saldrá con la humildad, ni con las demas virtudes, el que no se ejercitare en ellas; y trae en confirmacion de esto aquello del Apóstol San Pablo: «No son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la guardaren (3).» No basta para eso oír muchas razones y documentos, sino es menester obrarlos; y mas vale y aprovecha para este negocio la práctica y ejercicio que toda cuanta teórica hay. Y aunque es

(1) Basil. in Regul. brev. 198.

(2) Is similiter facit, ut si quis disceret aedificare, nec unquam tamen aedificaret, et excudere, et quae didicisset, ea in actum nunquam educeret. Basil. in Regul. fustius disp. 7.

(3) Non enim auditores Legis, justi sunt apud Deum; sed factores Legis justificabuntur. Ad Rom. II, 13.

verdad que toda virtud y todo bien nos ha de venir de la mano de Dios, y que nuestras fuerzas no son bastantes para eso; pero quiere ese mismo Señor, que nos lo ha de dar, que nosotros nos ayudemos de esta manera.

San Agustin, sobre aquellas palabras de Cristo: «Si yo siendo vuestro Señor y Maestro lavé vuestros pies, vosotros debéis lavar el uno los pies del otro (1),» dice que esto es lo que nos quiso enseñar Cristo nuestro Redentor con este ejemplo de lavar los pies á sus Discípulos: «Esto es, Pedro, lo que no sabias, cuando no querias consentir que te lavase Cristo los pies; él te prometió que lo sabrias despues; este es el despues, ahora lo entenderéis (2).» Y es, que si queremos alcanzar la virtud de la humildad, nos ejercitemos en actos exteriores de humildad. «Heos dado ejemplo, para que hagais como yo he hecho (3).» Pues el Soberano y Todopoderoso se humilló: pues el Hijo de Dios se abatió y ocupó en ejercicios humildes y bajos, lavando los pies á sus Discípulos y sirviendo á su Madre y al Santo José, y estando sujeto y obediente á ellos en todo lo que le mandaban; aprendamos nosotros de él, y ejercitémonos en ejercicios bajos y humildes, y de esa manera alcanzaremos la virtud de la humildad (4).

Esto es tambien lo que dice San Bernardo: «La humillacion exterior es el camino y medio para alcanzar la virtud de la humildad, como la paciencia para alcanzar

(1) Si ergo ego lavi pedes vestros Dominus, et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes. Joann. XIII, 14.

(2) Hoc est, beate Petro, quod nesciebas, quando fieri non sinebas; hoc tibi postea sciendum promisit, ecce ipsum est postea. Aug. tract. 38, super Joann.

(3) Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis. Joann. XIII.

(4) Didicimus, fratres, humilitatem ab excelso, faciamus invicem humiles, quod humiliter fecit excelsus. Aug. ib.

la paz, y la leccion y estudio para alcanzar la ciencia. Por tanto, si quereis alcanzar la virtud de la humildad, no huyais de los ejercicios de la humillacion; porque si decís que no podeis ó no os quereis humillar y bajar, tampoco podreis alcanzar la virtud de la humildad (1).

Va probando muy bien San Agustin y dando la razon por qué este ejercicio de la humillacion exterior ayuda y es tan importante y necesario para alcanzar la verdadera humildad del corazon. Están tan unidos, dice (2), y trabados entre sí este hombre exterior é interior; depende tanto el uno del otro, que cuando el cuerpo anda humillado y abatido, se despierta allá dentro en el corazon un afecto de humildad. No sé qué se tiene aquel humillarme delante de mi hermano á servirle y besarle los pies; no sé qué se tiene el vestido pobre y vil y el oficio bajo y humilde, que parece que va engendrando y criando la humildad en el corazon; y si la hay, la va conservando y aumentando. Y con esto responde San Doroteo (3) á esta pregunta: ¿como con el vestido bajo y vil, que está en el cuerpo, puede ganar humildad el alma? Porque cierta cosa es, dice, que del cuerpo se pega al alma la buena ó mala disposicion. Y así vemos que una disposicion tiene el alma, cuando el cuerpo está sano, y otra cuando está enfermo; y una cuando está harto, y otra cuando está con hambre. Pues de la misma manera, de un afecto se viste el ánima cuando el hombre se sienta en un trono ó sobre un caballo ri-

(1) Humiliatio via est ad humilitatem, sicut patientia ad pacem, sicut lectio ad scientiam. Si virtutem appetis humilitatis, viam non refugas humiliationis; nam si non poteris humiliari, non poteris ad humilitatem proveli. Bern. Epist. 87.

(2) Cum enim ad pedes fratris inclinatur corpus, etiam in corde ipso vel excitatur, vel si jam inerat, confirmatur, ipsius humilitatis affectus. August. ubi supra.

(3) Doroth. Doctrina 2.

camente enjaezado; y de otro, cuando se sienta en tierra ó sobre un jumento; y un afecto y disposicion tiene cuando se adorna de vestidos preciosos, y otra cuando se cubre con vestidos pobres y viles.

San Basilio notó tambien esto muy bien; dice (1), que asi como á los hombres del mundo el vestido bueno y lustroso les levanta el corazon y engendra en ellos unos humos de vanidad y soberbia y estima propia, asi en los religiosos y siervos de Dios, el vestido pobre y humilde despierta en el corazon un afecto de humildad, y cria desestima de sí, y parece que hace al hombre despreciable. Y añade el Santo, que asi como los hombres del mundo desean los vestidos buenos y lustrosos para ser por ellos mas conocidos y mas tenidos y estimados, asi los siervos de Dios y verdaderos humildes desean los vestidos viles y pobres para ser por eso desestimados y tenidos en menos de los hombres, y porque en aquello les parece que hallan gran remedio para conservarse en la verdadera humildad y crecer en ella. Entre todas las humillaciones exteriores, una de las mas principales es la del vestido pobre y vil, y por eso es tan usada de los verdaderos humildes. Del P. San Francisco Javier leemos en su vida (2) que andaba siempre muy pobremente vestido, para conservarse en humildad, temiendo no se le envolviese y mezclase en el vestido bueno alguna estimacion ó presuncion, como suele acontecer.

Por otra razon se verá tambien que para alcanzar la humildad de corazon ó cualquiera otra virtud interior, ayuda mucho el ejercicio exterior de la misma virtud; porque la voluntad se mueve mucho mas con esto que

(1) Basil. in Regul. fustius disput. 22.

(2) Lib. 6, cap. 7 de la Vida del P. S. Francisco Javier.

con los deseos, porque el objeto presente claro está que mueve mas que el ausente, como lo que vemos con los ojos nos mueve mas que lo que oimos. De donde manó el proverbio: «lo que ojos no ven, corazon no quiebra.» Asi lo exterior, que se pone por obra, porque el objeto está allí presente mueve mucho mas la voluntad que las aprensiones y deseos interiores, donde el objeto no está presente, sino en sola la imaginacion y aprension. Mas virtud de paciencia criará en vuestra ánima una grande afrenta bien sufrida con voluntad, que cuatro en solo deseo sin obra; y mas virtud de humildad criará en vuestra ánima el hacer un dia el oficio bajo y humilde, y el traer un dia el vestido roto y pobre, que muchos dias de solos deseos. Cada dia lo experimentamos que tiene una repugnancia de hacer una mortificación de esas ordinarias que hacemos, y al segundo dia que la hace, no siente dificultad, y antes habia tenido muchos deseos de eso, y no bastaron para vencer la dificultad. Y por esta misma razon usa tambien la Compañía algunas mortificaciones públicas, como leemos que las usaron muchos Santos; porque con una vez que se haga una cosa de estas, queda uno señor de sí para otras cosas que antes se le hacian dificultosas. Y añá 'ese á esto lo que dicen los teólogos, que el acto interior, cuando se acompaña con el exterior, comunmente es mas intenso y eficaz. De manera, que por todas partes ayuda mucho para alcanzar la virtud de la humildad el ejercitarnos exteriormente en cosas bajas y humildes.

Y porque por los mismos medios y causas por donde una virtud se alcanza, se conserva y aumenta, asi como el ejercicio exterior es necesario para alcanzar la virtud de la humildad, asi tambien lo es para conservarla y aumentarla. De donde se sigue, que para todos es muy importante este

ejercicio, no solamente para los que comienzan, sino para los que van adelante y están muy aprovechados, como lo digimos tambien tratando de la mortificación (1). Y asi nuestro Padre en las Constituciones y reglas lo encomienda mucho á todos. «Muy especialmente ayudará hacer, dice (2), con toda devocion posible los oficios donde se ejercita mas la humildad y caridad.» Y en otra parte dice: «Débense prevenir las tentaciones con los contrarios de ellas, como es cuando uno se entiende ser inclinado á soberbia, ejercitándole en cosas bajas que se piensa le ayudarán para humillarse; y asi de otras inclinaciones siniestras (3).» Y en otra: «Cuanto á los oficios bajos y humildes, débense prontamente tomar aquellos en los cuales hallare mayor repugnancia, si le fuere ordenado que los haga (4).» Y asi, digo, que estas dos cosas, humildad y humillacion, se han de ayudar la una á la otra; y de la humildad interior, que es despreciarse á sí mismo y tenerse en poco y desear ser tenido de los otros en poco, ha de nacer la humillacion exterior, que tal se muestre el hombre por de fuera, cual se estima de dentro; quiero decir, que asi como el humilde se desprecia interiormente en sus mismos ojos y se tiene por indigno de toda honra, asi ha de ser el tratamiento exterior y las obras exteriores que hiciere, échese de ver en las obras la humildad interior que hay allí dentro; escoged el lugar mas bajo, como dice Cristo nuestro Redentor: no os desdeñeis de tratar con los pequeñuelos y bajos; hólgaos con los oficios humildes, y esa misma humillacion exterior,

(1) *Trat. 1, c. 18.*

(2) *Magnopere confert, devote, quoad fieri poterit, ea munera obire, in quibus magis exercetur humilitas, et charitas.*

(3) *Part. 3, const. c. 1, §. 43 et 22.—Reg. 14, et 19 Summarii.*

(4) *Cap. IV, exam. §. 28.—Reg. 13 Summarii.*

que nace de la interior, acrecentará esa misma fuente de donde nace.

CAPITULO XXIV.

Confirmase lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Pedro Cluniacense (1) que hubo en la Orden de la Cartuja un religioso de santa y aprobada vida á quien nuestro Señor conservó tan casto, puro y entero, que ni aun entre sueños tuvo jamás alguna ilusion; llegándose la hora de su muerte, como asistiesen á su cabecera todos los religiosos, el prior, que tambien estaba allí, le mandó que les dijese cuál era la cosa en que entendia haber agrado mas á nuestro Señor en esta vida. Él respondió: «Padre, dificultosa cosa es la que me mandas, y que en ninguna manera la dijera, si la obediencia no me obligara á ello. Yo desde mi niñez he sido muy afligido y perseguido del demonio; pero segun la muchedumbre de los dolores y tribulaciones que padecia mi corazon, asi era recreada mi ánima con las muchas consolaciones que Cristo y la Virgen Maria su Madre me enviaban. Estando, pues, yo un dia muy afligido y fatigado con graves tentaciones del demonio, aparecióme la Soberana Virgen, y con su presencia huyeron los demonios y cesaron todas sus tentaciones, y despues de haberme consolado y animado á perseverar y á ir adelante en la virtud y perfeccion, me dijo: «Y para que mejor puedas hacer esto, te quiero decir en particular de los tesoros de mi Hijo tres maneras ó ejercicios de humildad, en las cuales ejercitándote, agradarás mucho á Dios y vencerás á tu enemigo; y son, que te humilles siempre en estas tres cosas, en la comi-

da, en el vestido, y en los oficios que hicieres; y de manera, que en el comer desees y procures los manjares mas viles; y en el vestido el mas pobre y grosero; y quanto á los oficios, procures siempre los mas bajos y humildes, teniendo por grande honra y ganancia ocuparte en los oficios mas abatidos y despreciados de que otros se desdeñan y huyen.» Y en diciendo esto desapareció, y yo imprimí en mi corazon la virtud y eficacia de aquellas sus palabras, para hacer de allí adelante segun ella me habia enseñado, y con esto ha sentido mi ánima gran provecho.»

Casiano cuenta (1) del abad Pinufio que, siendo monge en Egipto y abad de un monasterio, por sus venerables canas y admirable vida estimado y honrado de los monges como padre y maestro; llevando mal tanta honra y deseando verse humillado y olvidado, y tenido en poco, una noche salió secretamente de su monasterio, y vistiéndose un hábito de seglar, partió para el monasterio de Pacomio, que estaba muy lejos del suyo, y florecia entonces mucho en rigor y fervor de santidad, para que allí, no siendo conocido, le tratasen como á novicio y le tuviesen en poco, y estuvo á la puerta muchos dias pidiendo el hábito humildemente, postrándose y arrodillándose delante de todos los monges: allí de propósito le despreciaban y daban en rostro que, despues de estar harto de gozar del mundo, á la vejez venia á servir á Dios, cuando parece que venia mas por necesidad y porque le diesen de comer y sirviesen que no para servir él. Al fin le recibieron, dándole el cargo de la huerta del monasterio, poniéndole otro por superior á quien en todo obedeciese. Haciendo su oficio con grande esacion y humildad, procuraba ha-

(1) *Petrus Cluniacens. lib. 2 miraculorum c. 29, et Titelm. Brandemb. lib. 2, collat. sacrarum c. 33.*

(1) *Cas. lib. 5 de Instit. renuntiantium, cap. 30 et 31; et collatione 20, cap. 1.*

cer todo lo que otros rehusaban, que era lo mas molesto de casa; y no contentándose con lo que hacia de dia, se levantaba de noche secretamente y aderezaba las cosas que podia de casa sin que pudiese ser visto, maravillándose todos por la mañana por no saber quién lo hacia. Estuvo asi tres años muy contento de la buena ocasion que tenia entre manos de trabajar y ser tenido en poco, que era lo que tanto habia deseado; y como sus monges sintiesen mucho la ausencia de tal Padre, salieron algunos de ellos á buscarle por diversas partes, y ya desconfiados de hallarle, al cabo de tres años, como pasase por el monasterio de Pacomio uno de los monges de Pinufio, bien descuidado de hallarle, al fin le conoció estando el Santo estercolando la tierra. Echósele á sus pies: los que le vieron no poco se espantaron de esto, y mas cuando supieron quién era, por la fama que de él y de sus cosas tenian, pidiéronle perdon: el santo viejo lloraba su desdicha en haber sido descubierto por envidia del demonio y perdido el tesoro que allí tenia. Lleváronle aunque por fuerza á su monasterio; recibieronle con incomparable alegría, y guardábanle desde entonces con mucha diligencia. Pero no fué parte esto para que él (con el deseo grande que tenia de ser menospreciado y desconocido, y con el sabor y gusto de aquella vida humilde que en el otro monasterio habia tenido) dejase de salirse otra noche, teniendo antes concertado de partirse en una nao á Palestina, que era muy lejos: hizose asi, aportando al monasterio de Casiano. Pero nuestro Señor, que tiene cuidado de levantar los humildes, ordenó cómo allí fuese descubierto de unos monges suyos que allí habian venido á visitar aquellos Santos Lugares: siendo el santo viejo por estas cosas mas estimado.

En las vidas de los Padres se cuenta de

un monge que habiendo vivido mucho tiempo en el Yermo en soledad, en gran penitencia y oracion, le vino una vez al pensamiento que ya debia de ser perfecto, y púsose en oracion, y pidió á Dios: «Señor, muéstrame lo que me falta para la perfeccion.» Y queriendo Dios humillar sus pensamientos, oyó una voz que le dijo: «vé á tal persona (que era hombre que guardaba puercos) y haz lo que él te dijere.» Y en el mismo tiempo fué revelado al otro cómo iba á hablarle aquel solitario, y que le dijese que tomase el azote y guardase los puercos. Llegado el viejo solitario, despues de haber saludado al otro, díjole: «yo deseó servir mucho á Dios; dime, por caridad, lo que me conviene hacer para esto.» Díjole el otro: «¿harás tú lo que yo te dijere?» Respondió el viejo que sí: entonces díjole: «toma este azote, y vete á guardar puercos.» Él obedeció, porque deseaba servir á Dios y alcanzar lo que le faltaba para la perfeccion. Y andaba el buen viejo con su azote guardando puercos, y los que le conocian, que eran muchos, por ser grande la fama de su santidad en aquella tierra, viéndole guardar puercos, decian: «¿habeis visto cómo aquel viejo solitario, del cual oíamos decir tan grandes cosas, se ha tornado loco y anda guardando puercos? Los muchos ayunos y la mucha penitencia le debieron de secar el cerebro y enloqueció.» Y el buen viejo, que oia decir estas cosas, llevábalo con mucha paciencia y humildad, y perseveró asi algunos dias. Y viendo Dios su humildad, y que llevaba de buena gana aquellas afrentas y vituperios, mandóle que de nuevo se tornase á su lugar.

En el Prado Espiritual se cuenta de un santo obispo que, dejado el obispado y su honra, se vino solo á la Ciudad Santa de Jerusalem, con deseo de ser tenido en poco, porque no era de nadie allí conocido,

y vistiéndose pobremente asentó por peon en las obras públicas, sustentándose de su trabajo. Habia allí un conde llamado Efrémio, hombre pladoso y prudente, el cual tenia á su cargo reparar los edificios públicos de la ciudad: este vió diversas veces al santo obispo dormir en el suelo, y veia una columna de fuego, que salia de él, que llegaba al cielo, lo cual le tenia maravillado, por verle un hombre tan pobre y sucio con la tierra de los edificios, crecido el cabello y barba, y que vivia en un oficio tan vil y despreciado. Finalmente, un dia no se pudo contener, sin que le llamase á parte, y le preguntase quién era. El santo respondió, que era uno de los pobres de la ciudad, y pasaba su vida en aquel trabajo por no tener con que sustentarse. Al conde no le quietó esta respuesta, queriéndolo asi Dios para honrar á su siervo, descubriendo su humildad; y así le volvió á preguntar una y muchas veces quién era, con tan grande instancia que le constriñó á descubrirselo; y así le dijo, que con dos condiciones se lo descubriria: la una, que mientras viviese, no habia de descubrir nada de todo lo que le dijese; la otra, que no le habia de preguntar su nombre: concediósele, y él le descubrió cómo era obispo, y que por huir la honra y estimacion habia venido huido.

Cuenta San Juan Clímaco de un hombre principal de Alejandria, que vino á ser recibido en un monasterio, al cual el abad, como le pareciese por su aspecto y otras señales hombre áspero, altivo é hinchado con la vanidad del siglo, quiso llevarle por el seguro camino de la humildad; y así le dijo: «si verdaderamente has determinado de tomar sobre tí el yugo de Cristo, haste de dejar ejercitar con los trabajos de la obediencia.» Él respondió: «asi como el herrero está en las manos del herrero sujeto á todo lo que quiere hacer de él; así yo, Pa-

dre, me sujeto á todo lo que me mandares.» «Pues quiero, dijo él, que estés á la puerta del monasterio, y te derribes á los pies de todos cuando entran y salen, y les digas que rueguen á Dios por tí, porque eres gran pecador.» El obedeció muy bien á esto. Y despues de haber estado siete años en este ejercicio, y alcanzado por este medio una grande humildad, quiso el abad recibirle en el monasterio en compañía de los otros, y ordenarle como merecedor de esta honra: mas él, echando muchos rogadores, y entre ellos al mismo San Juan Clímaco, acabó con el Superior que le dejase en el mismo lugar y ejercicio que hasta entonces habia tenido, hasta que acabase su carrera, como significando ó conjeturando que ya el dia de su fin llegaba. Y así fué, porque dias despues de esto, nuestro Señor le llevó para sí. Y siete dias despues llevó consigo al portero del mismo monasterio á quien habia prometido en su vida que, si despues de su muerte tenia alguna cabida con Dios, le negociaria que fuese su compañero muy presto, y así fué. Dice mas el mismo Santo: que cuando estaba vivo y se ejercitaba en aquel ejercicio de humildad, le preguntó en qué se ocupaba ó pensaba en aquel tiempo; y respondió, que su ejercicio era tenerse por indigno de la conversacion del monasterio y de la compañía y vista de los Padres y de levantar los ojos para mirarlos.

Cuéntase en las vidas de los Padres (1), que contaba el abad Juan que un filósofo tuvo un discípulo que cometió una culpa, y díjole: «no te perdonaré, si no sufres las injurias de otros por tres años.» Hizolo asi, y vino por el perdon, y volvióle á decir el filósofo: «no te perdono sino das premios otros tres años porque te injurien.» Hizolo asi, y entonces le perdonó, y le dijo:

(1) In vitis Patrum, p. II, §. 80.

«ya podrás ir á Atenas á aprender la sabiduría;» con lo cual fué á Atenas, y un filósofo injuriaba á los que entraban á oírle de nuevo, por ver si tenían paciencia, y como le hiciese una injuria, y él se riyese, dijo-le: «¿cómo te ries injuriándote yo?» Respondió: «tres años di dones porque me injuriasen, y ahora hallando quien me injurie de valde ¿no quieres que me ria?» Entonces dijo el filósofo: «entra, que tú eres bueno para la sabiduría.» De lo cual concluía el abad Juan que la paciencia era puerta de la sabiduría.

El P. Mafeo, en la vida que escribe de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), cuenta que yendo una vez nuestro Padre en peregrinacion de Venecia á Pádua con el P. Diego Laínez, con unos vestidos muy viejos y remendados, viéndolos un pastorcillo, llegóse cerca de ellos y comenzóse á reir y burlar de ellos. Paróse nuestro Padre con mucha alegría, y dícele el compañero que por qué no andaba y dejaba aquel muchacho. Respondió, ¿por qué habemos de privar á este niño de este contento y alegría que se le ha ofrecido? Asi se estuvo parado para que el muchacho se hartase de mirarlo, y de reir y burlar de él, recibiendo él mayor contento con este desprecio que los del mundo reciben con las honras y estima.

De nuestro P. S. Francisco de Borja (2) se cuenta en su vida, que yendo una vez de camino con el P. Bustamante, que era su compañero, llegaron á una posada, donde no hubo para dormir sino un aposentillo estrecho con sendos jergones de paja; acostáronse los Padres, y el P. Bustamante por su vejez, y ser fatigado de asma, no hizo en toda la noche sino toser y escupir, y pensando que escupia hácia la pared, acer-

(1) Mafejus, in vita S. P. N. Ignatii, lib. 3, cap. 5.
 (2) Lib. 4, cap. 5 de su vida.

tó á caso á escupir en el P. S. Francisco, y muchas veces en el rostro. El S. P. no habló palabra, ni se mudó, ni desvió por éllo. A la mañana, cuando el P. Bustamante vió de día lo que habia hecho de noche, quedó en gran manera corrido y confuso; y el P. S. Francisco, no menos alegre y contento; y para consolarle, le decia: «no tenga pena de eso, Padre, que yo le certifico que no habia en el aposento lugar mas digno de ser escupido que yo.»

CAPITULO XXV.

Del ejercicio de humildad que tenemos en la Religion.

El bienaventurado S. Basilio (1), prefiriendo y anteponiendo la vida monástica á la solitaria, una de las razones que de esto dá, es porque la vida solitaria, fuera de ser peligrosa, no es tan suficiente para alcanzar las virtudes necesarias como la monástica, por carecer del uso y ejercicio de ellas. Porque ¿cómo se ejercitará en la humildad el que no tiene alguno á quien humillarse? Y ¿cómo se ejercitará en la caridad y misericordia quien no tiene trato ni comunicacion con otro? ¿Y cómo se podrá ejercitar en la paciencia el que no tiene quien le resista á lo que quiere? Pero el religioso que vive en comunidad tiene gran comodidad para alcanzar todas las virtudes necesarias, por la ocasion grande que tiene de ejercitarse en todas ellas: en la humildad, porque tiene á quien se humillar y sujetar; en la caridad, porque tiene con quien la ejercitar; en la paciencia, porque á quien trata con tantos, nunca le faltan ocasiones para esto; y asi podiamos ir discurriendo por las demás virtudes. Mucho debemos al Señor los religiosos por la merced tan grande que nos

(1) Basil. in Regul. fusius disput. 7.

ha hecho en traernos á la Religion, donde hay tanta disposicion y tantos medios para alcanzar la virtud; al fin es escuela de perfeccion. Pero nosotros tenemos en esto particular obligacion; porque, fuera de los medios comunes, nos ha dado otros muy particulares, y especialmente para alcanzar la virtud de la humildad, y esto de Regla y constitucion. De manera, que si guardamos bien nuestras Reglas, seremos muy humildes, porque en ellas tenemos muy bastante ejercicio para ello. Tal es el que nos pide aquella regla y constitucion, tan principal é importante en la Compañía (1), que nos manda tengamos toda nuestra conciencia descubierta al superior, dándole cuenta de todas nuestras tentaciones, pasiones y malas inclinaciones, y de todos nuestros defectos y miserias; y aunque es verdad que esto se ordena para otros fines, como diremos en su propio lugar (2); pero no hay duda, sino que es grande ejercicio de humildad. Tal es tambien el que nos pide aquella regla (3), que dice: «Para mas aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas, y cualesquiera cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas á sus mayores por cualquiera persona que fuera de confesion las supiere. Nótese aquella razon que dá, «para mayor bajeza y humildad propia;» porque eso es lo que vamos diciendo. Si deseais la verdadera humildad, vos os holgareis de que todas vuestras faltas sean manifestadas á vuestros mayores. Y asi el buen religioso y humilde, él mismo vá á decir sus faltas al superior y á pedir penitencias por ellas, y procura que el primero de quien el superior sepa sus fal-

(1) 3 p. const. c. 1, § 12; et Reg. 40 et 41 Summarii.
 (2) P. III, trat. 7.
 (3) Reg. 9 Summarii, c. 4 eorum, § 8.

tas sea de él mismo. Y no solo esto, sino mucho mayor ejercicio de humildad tenemos en la Compañía, porque públicamente decís vuestras culpas delante de todos, para que os desprecien y os tengan en poco; que ese es el fin de ese ejercicio de humildad, no para que os tengan por humilde y mortificado, porque ese no seria acto, ni ejercicio de humildad, sino de soberbia. Con este mismo espíritu habeis de tomar y desear las reprensiones, no solo en particular y en secreto, sino en público delante de todos, y cuanto es de vuestra parte os habeis de holgar que se haga aquello muy de veras, y que lo sientan todos asi, y os tengan por tal. Y generalmente el uso y ejercicio de todas las penitencias y mortificaciones exteriores, que se usa en la Compañía, ayuda mucho para alcanzar y conservar la verdadera humildad; el besar los pies, el comer debajo de la mesa ó hincado de rodillas, el postrarse á la puerta del refectorio, etc. Si estas cosas se hacen con el espíritu que se han de hacer, serán de mucho provecho para alcanzar la verdadera humildad y para conservarla. Cuando os sentais á comer en el suelo, habeislo de hacer con un conocimiento interior de vos mismo que no mereceis sentaros á la mesa con vuestros hermanos; y cuando les besais los pies, que no mereceis aun besar la tierra que ellos pisan; y cuando os postrais, que mereceis que todos os pisen la boca. Y habeis de querer y desear que todos lo sientan asi. Y seria muy bueno que, cuando uno hace estas mortificaciones, se actuase interiormente en estas consideraciones, como hacia aquel santo monge que estuvo siete años á la puerta de un monasterio, de quien digimos en el capítulo pasado; porque de esa manera serán ellas de mucho provecho y engendrarán humildad allá dentro en el corazón. Pero si vos haceis esas cosas sin espíritu y solamente exteriormente, serán de poco provecho;